



La niña de los cabellos de oro

Érase una vez en el lejano reino de Melesea una princesita muy, muy vanidosa y presumida. La princesita se llamaba Calipsa y se pasaba las horas mirándose al espejo, peinando sus cabellos rubios y agasajándose con joyas, piedras preciosas y trajes de lujosas telas y colores. A la princesa solo le divertía verse con los más exuberantes vestidos, joyas y perfumes. No se preocupaba lo más mínimo por lo que le pudiera pasar ni a su pueblo ni a su familia, solo le interesaba ella y su belleza y, por supuesto, le horrorizaba las personas, los animales o las cosas feas y viejas, por lo que había ordenado que quitasen de su vista todas esas cosas horribles y feas para no enturbiar su vista.

Los padres de la princesa no sabían qué hacer, temían que al hacerse mayor la princesa aumentase su vanidad y se deshiciera de ellos al envejecer con el tiempo, además querían enseñarla una lección, pues querían que se preocupara por el sufrimiento de su pueblo y de sus seres queridos que la rodeaban, así como enseñarla a que la verdadera belleza de las personas podía medirse por sus actos y no por su aspecto. Pero la princesa Calipsa no atendía a razones, ella paseaba de una estancia a otra de palacio ordenando a sus sirvientes que echaran pétalos de rosas a su paso, que pusieran elegantes lámparas acristaladas, que inundaran las estancias de delicadas obras de arte y que pusieran los más exquisitos manjares en su plato.

Hartos de los caprichos de la princesa, los reyes fueron en busca de ayuda. Así pues se internaron en el bosque hasta llegar a la vieja casa de la Hechicera Magnilea, que según se rumoreaba por el reino, tenía unos poderes asombros que cambiaban definitivamente a las personas. Magnilea escucho atentamente a los reyes que se encontraban desesperados con la actitud de la princesa, ya que pensaban que nunca conocería la bondad o la lealtad. La Hechicera sonrió y les dijo que lo único que tenían que hacer para que la princesa Calipsa viera con los ojos del alma era traerla hasta su casa metiéndomela que si lo hacía tendría unos preciosos cabellos de oro adornando su cabeza. Así lo hicieron, llevaron a la princesa hasta la vieja casa de la Hechicera Magnilea bajo la promesa de que tendría unos magníficos y bonitos cabellos de oro. Calipsa accedió a regañadientes tan solo por verse coronada con los cabellos de oro que le habían prometido y que tanto le agradaban, ya que con ellos, sería la más bella de todo el reino de Melesea y deslumbraría con su belleza a todo el que la mirara.

A Calipsa no le gusto el bosque, lleno de animales que la asustaban todo el rato, ramas y caminos difíciles y estrechos que la ensuciaban el vestido. A Calipsa tampoco le gusto la vieja casa de la Hechicera, pequeña y polvorienta, sin una lámpara acristalada, sin ningún objeto de porcelana, sin majestuosos manjares pero, sobre todo, lo que no le gusto a Calipsa fue la Hechicera Magnilea, una vieja llena de arrugas, bajita y encorvada que olía a especias del bosque y a pócimas secretas; Calipsa se horrorizo nada más verla y estuvo a punto de pedir que la llevasen de vuelta al castillo pero la visión de verse con cabellos de oro la frenó.

-¿Dónde están mis cabellos de oro?-grito desafiante la princesa Calipsa a la Hechicera Magnilea deseando salir de su casa.

-Tan solo niña, debes mirarte en este espejo-contestó la Hechicera descubriendo un enorme cristal que se encontraba cubierto por una polvorienta manta roja.

La princesa admira el espejo, que era magnífico, de un cristal transparente y delicado, enmarcado en delicados y brillantes hilos de plata y zafiro. Por fin, pensó la princesa, un espejo a la altura de mi belleza y fue corriendo a mirarse en el espejo, pero quedó aterrada al ver su reflejo. Vio a la niña más fea y triste que nunca había visto jamás; tenía los ojos caídos, la boca torcida y desdentada, la nariz puntiaguda, su cara estaba llena de verrugas y su piel de manchas oscuras, un brazo más largo que otro, coja, inclinada hacia el lado derecho, el pelo lacio y grasiento, sucia por entero de cabeza a los pies y vestía un andrajoso traje de esparto.

Calipsa se echó a llorar amargamente apoyando sus rodillas en el suelo y tapándose la cara con las manos, ¡era horrible!, horrible y fea, fea y triste. Ya no quería los cabellos de oro, ni las lámparas acristaladas en todas las estancias de palacio, ni los manjares en su plato ni los trinos de los ruiseñores por la mañana al despertarse; solo quería ser una niña normal.

-¿Qué te pasa Calipsa?-le preguntaron sus padres al verla llorar de esa manera.

-¡Mamá!-dijo entre sollozos-¡es horrible, soy la niña más fea y triste del mundo!- y se volvió a tapar la cara con las manos avergonzada, secándose las lágrimas.

-¿Qué le has hecho a mi hija?-preguntó la reina enfadada a la Hechicera.

-Este espejo refleja el alma de las personas –contestó Magnilea- Calipsa es una niña bonita por fuera pero todo el mundo se dará cuenta que es fea, triste y cruel por dentro al conocerla, aunque tenga los cabellos de oro.

-Es la cosa más horrible que he visto nunca-dijo la princesa Calipsa-¡yo no quiero ser así!

Calipsa se secó las lágrimas que todavía recorrían sus mejillas, se levantó del suelo y prometió que a partir de ese momento sería buena y generosa con todos aquellos que se le acercaran, así sería tan bonita por dentro como por fuera.

Fin